

Levantamientos campesinos en El Salvador

Segundo Montes

Introducción

El presente artículo es parte de un trabajo más extenso preparado para una publicación conjunta sobre este problema en los diferentes países de la región, que está editando una universidad norteamericana. Se da por supuesto y conocido para este trabajo lo ya escrito por mi anteriormente sobre la tierra, el campesinado, las reformas y revoluciones agrarias, la lucha por el único recurso natural y las consiguientes convulsiones y crisis políticas que se han derivado de cada fase y tipo de cultivo predominante, pero no se lo incluye en este artículo para no repetirlo (Montes, 1986a; 1986b; 1987).

Por consiguiente, me voy a restringir a una descripción de los diversos levantamientos y revoluciones campesinos ocurridos en la historia independiente de El Salvador, aunque dará más extensión y énfasis a la presente, no sólo porque era el objeto principal del trabajo aludido, sino porque hay más datos, más estudios y más evidencias individuales y colectivas sobre la crisis y la guerra civil presentes. En la segunda parte trataré de elaborar una interpretación teórica sobre dichos movimientos, a fin de categorizarlos y extraer principios y conclusiones que ayuden a entenderlos —y tal vez colaborar a solucionarlos.

Levantamientos campesinos en El Salvador

En El Salvador se han producido tres grandes alzamientos campesinos, aunque de muy diversa índole y en épocas muy diferentes. Ya en los anteriores y citados trabajos se ha hecho referencia a

los mismos, y a las crisis derivadas de cada uno de los períodos de producción agraria para el mercado internacional, por lo que no amerita extenderse demasiado sino describir sucintamente los primeros y más a fondo el actual.

A. El levantamiento de 1833

Del primer levantamiento, liderado por Anastasio Aquino, "capitán general de los nonualcos", en 1833, hay muy escasa documentación y estudio histórico sistemático, dada la época, la crisis generalizada en la región, y el bajo nivel científico e incluso intelectual de entonces. El mejor y más sistemático que conozco es el de Jorge Arias Gómez, titulado "Anastasio Aquino, recuerdo, valoración y presencia" (Arias Gómez, 1964). Las condiciones económicas del país, de Centroamérica —todavía unida—, y de la región, así como las constantes guerras y luchas intestinas y regionales, crearon una situación intolerable en la población nonualca, que trabaja también en las fincas añileras, tanto por la dificultad de producir su vida, como por las constantes levas a las que sometían a los jóvenes para luchar en los diversos ejércitos de los ladinos; incluso el maltrato físico y la tortura a uno de sus hermanos, le movió a Aquino a movilizar a su gente para que no fueran reclutados para el ejército ni forzados a trabajar en las fincas o haciendas de ladinos, lo que motivaría una serie de acciones de defensa contra los intentos gubernamentales, y la configuración de un ejército propio rústicamente armado para luchar y ampliar su campo de autonomía. Incluso parece ser que se tomó ciudad de San Vicente, y se duda si se coronó en la iglesia, con la corona y manto de San José, como "rey de los nonualcos". Posiblemente la leyenda pudo ser creada por los ladinos mismos de San Vicente, que se habían refugiado en la iglesia, con todo lo que pudieron llevarse consigo, confiando en que los indígenas no se atreverían a "profanar el templo", así como para justificar ideológicamente la represión y casi exterminio que aplicarían a Aquino y a los nonualcos después de la captura y derrota, mediada primero por un sacerdote intermediario enviado por el gobierno —que no sólo versó con Aquino, sino también tomó observaciones y datos que luego servirían para atacar los puntos débiles—, y después por la traición comprada de su lugarteniente y ayudante supuestamente más fiel (Arias Gómez, o.c.).

B. El levantamiento de 1932

Sobre el levantamiento campesino de 1932, en la zona occidental del país —la zona de los izalcos—, se ha escrito e investigado bastante, no sólo por ser en época más reciente, sino también por la reacción internacional frente a la masacre y etnocidio. La crisis mundial de finales de la década de los 20 y comienzos de los 30 provocaría un derrumbe de los precios de los productos de exportación salvadoreños, principalmente el café, que se cultivaba en forma intensiva en la región occidental, de modo que los campesinos vivían en una situación de miseria insoportable, que motivaba continuas manifestaciones, protestas y actos de represión gubernamental en el occidente del país —a lo que había que agregar la presión de los izalcos, dirigidos por su líder José Feliciano Ama, por recuperar cierta autonomía local económica, política y cultural—. Las condiciones eran tales que había manifestaciones y levantamientos espontáneos disgregados, frente a los que el gobierno civil de Arturo Araujo no podía hacer frente ni dar soluciones, y que motivaría el golpe de estado que llevaría al poder al general Maximiliano Hernández Martínez (Dalton, 1972).

Anderson estudiaría posteriormente el levantamiento y su represión en el libro titulado en el original *Matanza* (Anderson, 1976), y que se convertiría en el libro clásico para el estudio del suceso con todo su entorno y consecuencias.

Yo mismo he estudiado el levantamiento, con trabajo de campo en la zona, entrevista con sobrevivientes de ambas facciones, como la profundización posible en el año 1975-76, a tal distancia de tiempo y frente a la resistencia persistente de revivir el problema y hablar de ello (Montes, 1979-177-200). En primer lugar, trato de probar que no fue un "levantamiento comunista" —como le han dado en llamar las fuerzas sociales tradicionales y dominantes, presumiblemente también, como en el caso de Aquino, justificar e intentar legitimar la represión y masacre de posiblemente 30,000 personas (pero que suponiendo que nada más hubieran asesinado a 10.000 en los cuatro municipios tomados por los campesinos alzados, representaría el 28.55% de la población de los mismos en esa fecha)—; a mi criterio fue un levantamiento campesino, casi espontáneo, aunque tenía ya un incipiente y débil componente ideológico del partido comunista en formación, que pretendió hegemonizar el proceso, pero no lograba ni siquiera controlar, mucho menos

dirigir a las masas que se alzaban continuamente; y también hay que añadir el componente indígena bajo el liderazgo de Ama, quien aunque tuvo conversaciones y posible alianza con los dirigentes del partido comunista en formación, para apoyar la candidatura del alcalde propuesto por aquél, así como a incitar a su pueblo a la insurrección, sin embargo estaba motivado más bien por su etnia y buscaba los intereses propios de su comunidad indígena.

La iglesia católica no jugó ningún papel en el levantamiento, dada la orientación tradicional y conservadora prevaleciente en aquel entonces, ni tampoco existían, que se sepa, movimientos cristianos de base ni sacerdotes comprometidos en la liberación del pueblo, que hubiera podido incidir en dicho movimiento. Sin embargo, "el arzobispo de San Salvador, Mons. Beloso, asustado por las muchas ejecuciones, habló al Presidente de la República, y le arrancó la promesa de que se detendrían las ejecuciones, y desde ese momento se le concedieron mayores facilidades y apoyo a la Iglesia de parte del gobierno y de las diversas autoridades" (Montes, 1979: 191). Ulteriormente la Iglesia organizó una misión a nivel nacional, especialmente en la zona del levantamiento y sus alrededores, para predicar la paz, el perdón, la reconciliación y la resignación cristianas, sin ninguna denuncia profética de las masacres ni de las violaciones más elementales a los derechos del hombre, y de los indígenas en concreto (cfr. Cardenal, 1980, para entender el trasfondo eclesial de la época, tanto de Aquino como de Ama).

C. La actual revolución campesina

A la tercera crisis socio-política, la presente, en primer lugar la denomino "revolución" y no simplemente "levantamiento campesino", como trataré de explicar más adelante, y especialmente en la última parte del trabajo; en segundo lugar, le voy a dar un tratamiento más extenso y profundo, no solo por la importancia mayor, más presente y generalizada, sino porque es el fenómeno focal del trabajo que se me pidió para el libro en cuestión: levantamientos campesinos después de la Segunda Guerra Mundial. En consecuencia, analizaré la crisis en tres momentos principales.

a) antecedentes y preparación

El derrumbe de la producción añilera, como consecuencia de la

producción fabril de colorantes, por un lado generó el fracaso económico de los antiguos cultivadores y beneficiadores del añil; por otro lado dejó la economía del país casi exclusivamente dependiente del café, y el poder económico-político en manos de la nueva oligarquía cafetalera; pero al mismo tiempo hizo que las antiguas tierras añileras —de la meseta central— ya no fueran ni productivas ni codiciables, dando paso a cultivos extensivos de granos básicos y de ganadería, bien mediante trabajo por colonato, o bien de aparcería o arrendamiento; los campesinos de esas zonas, por lo tanto, tenían relativamente fácil acceso al mercado de parcelas, o al arrendamiento de las mismas por cánones tolerables.

Las tierras vírgenes y de gran fertilidad por la sedimentación de materiales orgánicos arrastrados de las montañas, de la llanura costera, estaban infestadas de enfermedades tropicales imposibles de erradicar; debido a ello, nunca habían sido cultivadas ni explotadas, e incluso su propiedad no era apetecible a no ser como reserva para el futuro de parte de inversores arriesgados o previdentes. Así pues, la gran extensión costera estaba abandonada a la vegetación natural y, a lo más se criaba allí ganado en estado salvaje, del que una parte era recogido periódicamente para llevarlo al mercado; también se cultivaban algunos granos básicos en la periferia menos insalubre de la franja costera, y había salineras junto al mar.

Los descubrimientos biotécnicos de la guerra y de la post-guerra hicieron posible primero la neutralización y luego casi la extinción de las enfermedades tropicales de la costa; la fumigación aérea y terrestre fueron intensivas y constantes, de modo que la llanura costera se convirtió en habitable y cultivable. A ello se agregaría el que esas tierras eran muy adecuadas para el cultivo del algodón, y este producto tenía gran demanda y precios atractivos en el mercado internacional. Comenzó en la década de los cincuenta, y posteriormente, la lucha por la tierra; algunos inversores con visión de futuro se lanzaron a la compra extensiva de tierras poco apetecibles y todavía muy baratas, al desmonte de la selva y de la vegetación natural, a la preparación de la tierra para el cultivo del algodón. Este nuevo grupo empresarial tenía una visión moderna de producción agrícola, con un fuerte componente de capital, maquinización de cultivos, dejando casi exclusivamente para el trabajo manual la cosecha.

Como consecuencia, la escasa y dispersa población de la zona

tuvo que retirarse a los márgenes de los cultivos; el sistema de colonato no era adecuado, ya que la tierra rendía más en cultivos intensivos y mecanizados; se crearon muy pocos puestos de trabajo permanente; sin embargo, el atractivo de la ocupación de abundante mano de obra en las cosechas hacía que mucha gente fuera a las mismas y una parte de ella se quedara más o menos permanentemente, a las orillas de los caminos, en tugurios amenazados por la intoxicación de los insecticidas regados por medio de avionetas.

Por otro lado, el triunfo y consolidación de la revolución cubana motivó el que el gobierno norteamericano decretara una ruptura de todo tipo de relaciones con la isla y un bloqueo a la misma. El azúcar —producto principal de Cuba, y que era adquirido casi exclusivamente por el mercado norteamericano— fue excluido, y la cuota cubana de exportación se repartió entre varios países de la región centroamericana y del Caribe —entre ellos, El Salvador—. Las antiguas tierras añileras, abandonadas durante décadas, o sometidas a cultivos poco productivos, resultaron ser de muy buena calidad para el cultivo de la caña de azúcar. En la misma forma que el algodón, la caña de azúcar se iba a cultivar con métodos más modernos y mecanizados, ocupando abundante mano de obra en las cosechas, pero muy escasa durante el resto del año. Por otro lado, las tierras que hasta entonces no eran muy apetecibles se convirtieron en altamente productivas —por la cuota y precios de exportación asegurados—, y su cultivo más rentable que el colonato o cualquier otro medio atrasado de producción. Como consecuencia, los colonos, los arrendatarios pequeños, los aparceros serían excluidos y relegados a las áreas marginales e improductivas, e incluso muchos pequeños propietarios venderían sus parcelas para el cultivo de la caña, ya fuera atraídos por el precio de oferta, ya fuera presionados de alguna forma a ello.

Los anteriores procesos fueron privando de tierra y de trabajo a la población campesina en constante y progresivo crecimiento, y no generaban, por el contrario, puestos de trabajo moderno suficientes para la oferta laboral —como tampoco la ciudad y su proceso de expansión, industrialización y modernización era capaz de absorber la fuerza laboral que llegaba del interior, ni de crear la infraestructura habitacional y de los demás servicios indispensables para la vida urbana, mucho menos con el fracaso del mercado común centroamericano—. Finalmente la guerra con Honduras, en

julio de 1969, provocaría la repatriación de unos 100.000 salvadoreños, en su inmensa mayoría campesinos que trabajaban allí en el agro, que trataban de retornar a sus lugares de origen, y que incrementaron considerablemente la presión sobre la tierra y sobre el trabajo en el campo, relegando al campesino a condiciones materiales incluso inferiores a las de la población marginal urbana y metropolitana (Montes, 1979a).

La década del 70, subsiguiente a la guerra con Honduras, la repatriación de esos campesinos, el fracaso del Mercado Común Centroamericano (MCC), el cierre de la frontera hondureña a personas y productos salvadoreños, sería el período de gestación y consolidación del proceso revolucionario, fundamental, pero no exclusivamente, campesino.

A comienzos de la década se forman los primeros grupos guerrilleros, todavía pequeños e incipientes, aislados aún de la base popular, de extracción más bien urbana e intelectual con algunos componentes obreros y sindicales. Pero a medida que las condiciones en el campo se vuelven más insoportables, van surgiendo diversas organizaciones campesinas — la sindicalización campesina está de hecho prohibida, y los trabajadores del campo ni son permanentes en su mayoría ni gozan de los beneficios sociales básicos: seguro social, indemnización, jubilación etc., al principio con carácter puramente reivindicativo y con planteamientos económicos, que serán reprimidas en la mayor parte de los casos, lo que llevará a una radicalización mayor en su postura ideológica y en sus alianzas (ECA, 1974: 804-6; 1975: 325-8; Cardenal, 1985: 217-300; Studemeister, 1986: 57-59).

FECCAS y UTC (Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños y Unión de Trabajadores del Campo, respectivamente), que en un comienzo tenían poca base popular, se irían fortaleciendo, para conformar en 1985 la FTC (Federación de Trabajadores del Campo). Si al comienzo no tenían relación alguna con los grupos guerrilleros, la represión les forzaría al principio a armarse rústicamente para defenderse, luego a una alianza con ellos para su protección, para pasar al final de la década a conformar un vínculo orgánico.

Las elecciones presidenciales de 1972, y su fraude en el conteo de los votos y en la imposición del Cnel. Molina como Presidente, por parte de la Asamblea Legislativa, contra el triunfo real de la

coalición de la Unión Nacional Opositora (UNO), con Duarte y Ungo de candidatos a presidente y vicepresidente (Hernández Pico y otros, 1973), cerraría las puertas a cambios por mecanismos democrático-electorales, y confirmaría a diversos grupos populares en la idea de que la única vía era la revolucionaria (Montes, 1987). Pocos años más tarde, el intento del presidente Molina de realizar una "transformación agraria", y el fracaso de intento frente a la presión del capital y sus fuerzas aliadas (ECA, 1976; 637-643), ratificaría la creencia en los sectores más concientizados y politizados —principalmente revolucionarios y sus bases populares— de que la única vía de cambios estructurales y efectivos en favor de las mayorías populares era la revolucionaria.

Indudablemente, las condiciones materiales de vida de la población rural eran la base para cualquier movimiento reivindicativo —mucho más, revolucionario—. Sin embargo, también se dieron una serie de elementos superestructurales, o ideológicos, que coadyuvaron al proceso, y lo transformaron, de una simple presión social y reivindicativa, en un movimiento revolucionario.

Ya se ha hablado del surgimiento de los diversos grupos guerrilleros, al principio retirados de las bases campesinas y urbanas, pero en constante fortalecimiento, acercamiento, alianza y articulación. También las mismas campañas electorales, la propaganda de los partidos, especialmente el demócrata-cristiano y sus aliados de la UNO, fueron creando conciencia de la situación y expectativas de cambios, frustrados por el fraude. Asimismo, diversos grupos urbanos, principalmente el magisterio nacional —altamente concientizado—, los estudiantes, primordialmente los de la universidad nacional, las fuerzas sindicales fueron despertando mayores grados de conciencia en el campesinado. Pero una fuerza social e ideológica tuvo un decisivo influjo en el cambio de actitudes en el campo más, y fue la iglesia católica, de la que es preciso extenderse un poco más, y por separado.

La religión —concretamente la cristiana y católica— había servido de elemento legitimador, no sólo de la conquista y colonia española en América sino que fue un instrumento ideológico de dominación al servicio de los sectores dominantes (Montes, 1979: 80-120). Más aún, la religión predominante —la católica— se convirtió en sí misma en un verdadero poder que luchaba por conservarlo (Cardenal, 1980). Esta situación, añadida a la concepción

teológica predominante, proyectó hacia el campesino una mentalidad de resignación y fatalismo, ante un mundo social injusto pero que no se podía cambiar dado que era "voluntad de Dios", frente a lo que no podía adoptar otra postura que la aceptación de esa "realidad", junto con una actitud de sacrificio, austeridad y "moralidad", para obtener un premio eterno en recompensa.

El concilio Vaticano II, pero sobre todo la revisión y aplicación del mismo que hizo la Conferencia Episcopal de América Latina (CELAM) en Medellín, Colombia, en 1968, proyectaron una nueva concepción de la iglesia, del "pueblo de Dios", de la pastoral y de la liturgia. Se enfocó la realidad social como consecuencia de unas estructuras injustas y de un "pecado estructural", que hay que erradicar para lograr la salvación del pueblo y de la sociedad. La injusticia social ya no era algo "querido, o al menos permitido, por Dios", sino que era producto de una realidad histórica y de unas relaciones sociales impuestas por los hombres y los grupos de poder. La verdadera misión eclesial y cristiana era llevar la salvación a los hombres y a las estructuras, es decir, al contrario de resignarse y aceptar la situación dada, cambiar esa realidad injusta, crear unas nuevas estructuras, y así construir un "reino de justicia, de amor y de paz". Y esa es tarea no tanto de la iglesia como institución jerárquica —la que deberá promover, estimular y potenciarlo—, sino de todo cristiano y de cada comunidad, que así traerán la salvación al mundo.

Esta nueva "teología y pastoral de la liberación" poco a poco fue siendo predicada y practicada, no solo en los barrios populares de la ciudad, principalmente de San Salvador, donde el terreno al parecer podía estar más preparado (*La fe de un pueblo*, 1983), sino también en amplias zonas del campo. Sacerdotes, en su mayoría jóvenes, del clero secular y regular, imbuidos del espíritu de Medellín, centraron su labor pastoral en esa línea y constituyeron comunidades de base inspiradas en la nueva orientación. Posiblemente el caso más conocido sea el de la zona de Aguilares, al norte del departamento de San Salvador, donde Rutilio Grande y su equipo pastoral impulsaron un nuevo modelo de trabajo misionero y de formación de comunidades cristianas, delegados de la palabra, etc. (Cardenal, 1985). Sin embargo, por amplias y vastas zonas del campo se extendieron experiencias similares y se arraigaron nuevas comunidades cristianas. Además de las zonas popu-

lares del área metropolitana, de extracción rural en su mayoría, la nueva pastoral se fue introduciendo en el norte de San Salvador y de Cuscatlán, en el departamento de Chalatenango, en Cabañas y zonas de San Vicente y La Paz, de la zona rural de Usulután, en el norte de Morazán con proyección hacia áreas colindantes de los departamentos de San Miguel y La Unión. Si se examina el mapa actual de persistencia y mayor influjo de las fuerzas insurgentes, aparece una correlación estrecha con los lugares de mayor trabajo pastoral de liberación.

Ya en el estudio del agro en 1980, pude percibir una evolución ideológico-política y de organización campesina, en comparación con la primera investigación en 1973 (Montes, 1986: 175-212). Cardenal lo estudia más a fondo, para el caso de Aguilares en el Análisis de la experiencia de Rutilio Grande y su equipo pastoral, abordando el proceso en todos sus aspectos (Cardenal, 1985: 247-508). Pero quien lo trató en mayor profundidad desde el cambio ideológico del campesinado, sería Cabarrús, que parte de un estudio antropológico del campesinado en la zona de Aguilares y, como miembro él mismo del equipo pastoral, va estudiando el cambio operado en los campesinos, desde una mentalidad fatalista y mágica, hasta el "desbloqueo ideológico y la formación de la conciencia", que derrumba las barreras casi mágicas de interpretación tradicional y fatalista de la realidad social, para abrirse a una tarea, cristiana, de transformación de esa realidad, con todas las implicaciones políticas que de ahí se derivarían (Cabarrús, 1983).

b) El clímax y la crisis

El año de 1976 va a ser decisivo para la radicalización de las posiciones en ambos polos del espectro político. El presidente Molina logra que la Asamblea Legislativa apruebe el 29 de junio el Decreto No. 31, o "Decreto del Primer Proyecto de Transformación Agraria", para poderlo implementar, además de una movilización campesina, compuesta principalmente por integrantes de "ORDEN" (Organización Democrática Nacionalista, instrumento de represión y control en el campo), por las calles de San Salvador, trata de conseguir el apoyo de diferentes fuerzas sociales, entre ellas la iglesia católica que desde hacia muchos años estaba propugnando una reforma agraria.

Aparte de la verdadera voluntad política que en realidad tuvie-

ra el gobierno (Montes, 1986; 147-174), el hecho fue que no pudo enfrentar la oposición cerrada de los sectores de derecha, y tuvo que renunciar al intento (ECA, 1976: 637-643; 735-772). El esperar cambios para el campesinado, a través de medidas gubernamentales, nuevamente había fracasado. Pero, todavía peor, las fuerzas que se impusieron al gobierno y triunfaron sobre él, buscaron en primer lugar la revancha sobre las fuerzas que se habían manifestado a favor de la "transformación agraria", e impusieron una línea de terror hacia las organizaciones y movimientos populares, especialmente campesinos, para prevenir cualquier resurgimiento de exigencias reformistas. La represión se llevó intensamente al campo y a los dirigentes de las organizaciones, pero también a las manifestaciones que se movilizaban en la capital.

A comienzos de 1977 se realizarían las elecciones presidenciales, en las que nuevamente por medio de un fraude contra la Unidad Nacional Opositora (UNO), llegaría al poder el general Romero, abanderado de los sectores más derechistas. Las masas concentradas en el parque Libertad, en protesta por el fraude electoral, serían finalmente masacradas, surgiendo en reacción las "Ligas Populares, 28 de febrero" (LP 28). Se cerraba con ello la última esperanza y la última alternativa de cambios por medio de procesos democráticos. Como consecuencia, se comienza a militarizar el campo, para "prevenir" posibles alzamientos y movimientos "subversivos", se intensifica la represión, amparándose para ello en la suspensión de garantías constitucionales, o "estado de sitio" (Ungo, 1977; 359-366).

La iglesia católica, que por un lado era vista como agente concientizador del campesinado, y por otro lado se había pronunciado parcialmente a favor de la "transformación agraria", sería también uno de los focos de represión: el 12 de marzo de 1977 sería asesinado el sacerdote jesuita Rutilio Grande, párroco de Aguilares, junto con dos laicos acompañantes, cuando se dirigía a officiar la misa en El Paisnal; la ulterior toma de la ciudad de Aguilares, represión de la población y de la expulsión del país del equipo de pastoral en mayo del mismo año (Cardenal, 1985: 543-600); seguiría el asesinato del P. Navarro, párroco de la colonia Miramonte en San Salvador; se publicaban lemas como el de "Haz patria, mata a un cura", los escuadrones de la muerte dieron un ultimátum a los jesuitas, a mediados del año, diciendo que abandonaran el país

en el plazo de un mes, o que serían asesinados uno por uno, frente a lo que los jesuitas decidieron quedarse y correr el riesgo del pueblo perseguido, publicando en los medios de comunicación una serie de escritos en que justificaban su opción (ECA, 1977: 434-450). Seguiría la represión más cruel contra el pueblo y sus dirigentes, la violación sistemática de los derechos humanos, que culminaría con el asesinato de Mons. Oscar Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador, el 24 de marzo de 1980, mientras celebraba la misa; el de otros diez sacerdotes en dicho período; concluyendo con el asesinato de cuatro misioneras norteamericanas, el rector de la Universidad de El Salvador, y los dirigentes del Frente Democrático Revolucionario (FDR) al finalizar el año 1980 (ECA, 1980: 925-926, 1211-1219).

El 15 de octubre de 1979 se produjo un golpe militar, liderado por oficiales jóvenes, que se proponían cambiar la situación del país, introducir cambios y reformas, y garantizar la vigencia de los derechos humanos (ECA, 1979: 849-1033); pero sería cooptado por jefes militares superiores y por fuerzas sociales contrarias a la "proclama de la fuerza armada" (ECA, 1980: 5-20, 117-141).

Sin embargo, desde el mismo momento del golpe las organizaciones revolucionarias y las populares lo denunciaron como una maniobra para cambiar la imagen, y para impedir el triunfo revolucionario tras el éxito del sandinismo en Nicaragua (ECA, 1979: 1021-1031; 1980: 128-135).

En este contexto se va a aprobar y a impulsar la reforma agraria, que llegaría tarde para "arrebatar banderas" a los movimientos campesinos e insurgentes, pero que posibilitaría la militarización y férreo control en el campo (Montes, 1986: 240-252), o para contener el movimiento insurgente ya consolidado; al mismo tiempo que conseguiría magros frutos en todos sus aspectos (Montes, 1986b: 240-256; Studemeister, 1986). No se puede entender la reforma agraria como un voluntarismo de los nuevos grupos en el poder, sino como resultado de las presiones de organizaciones campesinas y populares, así como de los grupos guerrilleros, que dieron paso a una nueva correlación de fuerzas, y como consecuencia se adoptarían tales medidas por el temor de un inminente triunfo revolucionario.

El papel que desempeñaría la iglesia católica en todo este contexto fue de una relevancia increíble. Mons. Romero había sido

propuesto para arzobispo de San Salvador por los grupos más de-
rechistas, contra la candidatura de Mons. Rivera, bien visto por los
sectores más abiertos y progresistas; pero el asesinato de Rutilio
Grande le abrió los ojos, para ponerse cada día más del lado del
pueblo, iniciando una serie de gestos proféticos, como la misa úni-
ca el domingo siguiente al asesinato de Rutilio, la negativa a asistir
a la toma de posesión del general Romero como Presidente, por no
haberse esclarecido los asesinatos de los dos sacerdotes (Cardenal,
1985: 584-600), hasta convertirse en el líder indiscutible y el
denunciador de toda opresión y represión, considerado como "la
voz de los sin voz" (Brockman, 1985; Montgomery, 1982, entre mu-
chos otros). Los diez sacerdotes asesinados además del arzobispo
Romero, las religiosas martirizadas, los innumerables catequistas,
delegados de la palabra y colaboradores eclesiales que ofrendaron
su vida por ello, el numeroso grupo de sacerdotes y religiosas que
tuvieron que abandonar el país, o que se vieron impedidos de regre-
sar, son testimonio fehaciente de lo que significaba el elemento
religioso en el proceso, por lo que tenía que ser eliminado o inti-
midado a la hora de implementar una guerra de contrainsurgencia
contra el pueblo (LA IGLESIA EN EL SALVADOR, 1982). El carisma
—más que la institución— que había inspirado y abierto los ojos al
pueblo y al campesinado, no sólo no podía dejar abandonado a
ese pueblo, sino que sería una víctima cualificada en la represión,
que pretendía privar al movimiento campesino e insurgente de
sus inspiradores en una de las dimensiones más importantes de su
mentalidad y concepción del mundo. Una gran parte de los sacer-
dotes, religiosas y laicos más comprometidos con el pueblo y con
el proceso —de los que sería la mayor parte de víctimas y exi-
liados— constituyeron la Coordinadora Nacional de la Iglesia Po-
pular (CONIP), que no pretendía ser una iglesia paralela, sino unir
y coordinar el trabajo de los más conscientes del problema y de los
más identificados con el pueblo y su sufrimiento.

c) La guerra civil

Las organizaciones populares, campesinas y urbanas, crecían
en número, en consolidación organizativa y en niveles de concien-
cia y combatividad. El día 22 de enero de 1980 la recientemente
constituida "Coordinadora Nacional" (CN) integrada por las orga-
nizaciones populares, realiza en las calles de San Salvador la ma-
yor concentración y manifestación de la historia del país, con una

movilización de más de doscientas mil personas —y la presencia simpatizante de miles de observadores a su paso—, que sería ametrallada por las fuerzas armadas y de seguridad, dejando un elevado saldo de muertos y heridos en las calles de la capital (ECA, 1980: 101-108).

A mi modo de ver, el 22 de enero fue un momento crucial con el proceso revolucionario y contrarrevolucionario salvadoreño. Por un lado, las organizaciones populares y las guerrilleras tomaron conciencia vivencial de su fuerza, de la magnitud de sus bases, y de la simpatía de que gozaban en la población. Por otro lado, el régimen también tomó conciencia de la magnitud del movimiento popular e insurgente, de la amenaza que constituía para su proyecto y del peligro inminente de un posible triunfo popular-revolucionario. Frente a semejante amenaza no le quedaba más alternativa que enfrentarlo militarmente, reprimirlo, implantar un régimen de terror y así hacerle frente antes de que se consolidara todavía más. Para el movimiento popular y revolucionario, por el contrario, la reacción del régimen les aclaraba que no había posibilidad alguna de lucha popular pacífica, y que había que militarizarse, prepararse para una larga lucha, y emprender el camino de la revolución armada. El asesinato de Mons. Romero, la masacre en su entierro, no harían sino confirmar tal percepción y decisión política.

La crisis orgánica que haría eclosión en el golpe del 15 de octubre de 1979, que se intentó resolver —o, al menos, paliar— con los sucesivos cambios y reacomodos, se desataría de forma total, y por el momento irresoluta, a lo largo de 1980 para desarrollarse abiertamente a partir de la “ofensiva final” lanzada por el “Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional” (FMLN), el día 10 de enero de 1981: 70-74), con el apoyo del “Frente Democrático Revolucionario” (FDR), vinculado orgánicamente con el anterior; desde ese momento, no sólo se libra la guerra civil, sino que se polarizan las fuerzas sociales, en apoyo de cada uno de los bloques y proyectos opuestos (Montes, 1984: 13-35, 591166).

La guerra civil, desatada formalmente el 10 de enero de 1981, lleva ya siete años y medio de duración, sin que se prevea un final en el horizonte, por la victoria militar de ninguna de las partes. El optimismo manifestado por el gobierno, la institución armada, e incluso por voceros de la embajada norteamericana, se ha visto nublado con el ataque al cuartel del Paraíso, Chalatenango, el últi-

mo día del mes de marzo de 1987, y por las continuas acciones ofensivas contra posiciones del ejército desde esa fecha hasta el momento; a tal punto que voceros de la misma embajada han sostenido que la guerra podrá durar todavía de seis a ocho años más. Los intentos de diálogo-negociación entre ambas partes contendientes no han avanzado significativamente de modo que tampoco se vislumbra una alternativa de solución política.

Sobre la guerra civil salvadoreña son muchos los trabajos que se han publicado. Además de los ya citados, es indispensable un seguimiento de lo que ha ido publicando la revista ECA en estos años, así como el semanario PROCESO, CARTAS A LAS IGLESIAS, y otras publicaciones de la UCA. Más específicamente abordan la crisis y la guerra en El Salvador: Armstrong y Rubin (1983), Baloyra (1984), Lungo (1986). Sin embargo, hay dos obras fundamentales para entender la guerra civil salvadoreña desde dentro mismo del campo revolucionario, así como para comprender el complejo fenómeno de la insurgencia, sus motivaciones y el proceso mismo vivido día a día; el alto componente campesino del movimiento, así como el contenido religioso motivacional de muchos de sus integrantes, a partir de las mismas comunidades de base y de la nueva pastoral implementada en las zonas en que la guerrilla tiene mayor presencia y raigambre: Clements, 1986; y López Vigil, 1987. Si bien es cierto que tanto en la dirigencia de la organización insurgente en los cuadros intermedios y en las bases, hay elementos de extracción urbana, universitaria e intelectual, la mayoría de sus integrantes proceden del sector rural y campesino, principalmente en las dos agrupaciones más numerosas y más conocidas al interior del país para algunos sectores: las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP); e incluso a los cuadros intermedios y a la cúpula misma han accedido algunos miembros provenientes de la base campesina.

No sólo son los campesinos los mayores componentes de los movimientos insurreccionales salvadoreños actuales, sino que también lo son en cuanto a que aportan el mayor número de víctimas de la guerra, en ambos bandos, ya que el servicio militar no se ha podido hacer obligatorio, ni siquiera en tiempo de guerra, para toda la población sin distinción de clase o extracción (cfr.: Socorro Jurídico Cristiano, Tutela Legal del Arzobispado, Comisión no-gubernamental de Derechos Humanos, etc.: informes anuales;

IDHUCA, Fascículo II, 1986, Fascículo IV, 1987). Los dos estudios que hemos realizado sobre los desplazados y refugiados salvadoreños por causa de la violencia y de la guerra claramente evidencia que los desplazados en el interior del país —así como una buena parte de los refugiados en el área centroamericana, principalmente en Honduras y Nicaragua— son campesinos de los más pobres, ubicados en las zonas más atrasadas y abandonadas del país, que han tenido que abandonar sus escasas pertenencias y los sobrevivientes encontrar lugares de mayor seguridad, esperando poder regresar a sus sitios de origen para continuar trabajando la tierra, y mientras tanto pretenden seguir cultivando el campo o buscar otras ocupaciones fundamentalmente rurales (INSTITUTO, 1985; 1986). Pero incluso entre los que han emigrado hacia los Estados Unidos —fenómeno igualmente motivado por la violencia y la guerra—, un elevado porcentaje también era de extracción rural y campesina, que ha huido y buscado refugio por razones similares (INSTITUTO, 1987).

Por lo que se refiere al componente religioso en las filas insurgentes, ya se ha sustentado básicamente en los apartados anteriores, por lo que respecta a su origen, motivaciones y otros elementos. Indudablemente el mismo proceso va “secularizando” el movimiento. La formación política se va imponiendo sobre cualquier otra motivación ideológica. Sin embargo, en las zonas controladas o de mayor persistencia de la guerrilla continúa habiendo actividad religiosa, con no sólo tolerancia sino respeto e incluso apoyo de la dirigencia insurreccional. Las actividades pastorales son permanentes, así como los actos rituales o de culto, muchas veces presididos y dirigidos por los propios agentes de pastoral que están con la guerrilla. La demanda de material religioso, de formación, motivación y charlas es constante, e incluso solicitado por la dirigencia, en profunda comprensión del componente religioso del campesinado salvadoreño y de sus cuadros y bases. La presencia de sacerdotes y religiosas no sólo es tolerada, sino que desde casi el comienzo de la guerra civil varios sacerdotes, que han optado por acompañar al pueblo y a la guerrilla en todo el proceso, se movilizan con las fuerzas insurgentes en una acción puramente pastoral bien vista y querida por la comandancia del FMLN (López Vigil, 1987). Por otro lado, si bien la iglesia institucional no brinda el mismo apoyo al movimiento, como en tiempos de Mons. Romero, el arzobispo de San Salvador, Mons. Rivera y Damas, no sólo

goza del respeto de los insurgentes sino que es una pieza clave como mediador en cualquier negociación parcial (canje de prisioneros, liberación de lisiados para que salgan del país a curarse, intercambio para la liberación de la hija del presidente Duarte), o en cualquier paso o negociación en todo proceso de diálogo hasta el momento.

Categorización de los levantamientos campesinos en El Salvador

Ya en la misma descripción narrativa que he venido haciendo de los diversos movimientos, levantamiento y/o revoluciones campesinas en El Salvador se perciben diferencias muy significativas entre ellos, y muy marcadamente entre los anteriores y la que todavía esta por resolverse. Pero creo que conviene intentar algún tipo de categorización que explique esas diferencias, así como los resultados que se derivaron de ellas, para poder entender la actual revolución y guerra civil y por qué no ha sido vencida en pocos días como los anteriores.

A. Elemento material subyacente

No se puede negar que hay un elemento material subyacente en todo movimiento campesino —concretamente en el salvadoreño—, y es el empeoramiento de sus condiciones de vida, de modo que cuando no pueden reproducir su fuerza de trabajo y su vida social, buscan soluciones reivindicativas que les posibiliten esas metas mínimas. Cuando ese elemento material se vuelve insoponible, puede surgir un levantamiento.

El caso de los nonualcos liderados por Anastasio Aquino, es uno de esos límites en que la situación material se vuelve insoponible para la población de la zona; si en otras regiones del país la situación económica no era más bonancible, tal vez no la consideraban desesperada —aparte de que posiblemente no se dieron otros elementos coadyuvantes e imprescindible, como serían el liderazgo y algún otro aglutinante ideológico o étnico.

En 1932 será el occidente del país, monopolista gran parte de la tierra para el cultivo del café, el que sufrirá las condiciones de vida más intolerables, incapaces de satisfacer sus necesidades mínimas o de reproducir su vida y fuerza de trabajo; debido a la crisis mundial, la caída en picada de los precios del café, el subsiguiente desempleo o la retribución con salarios menores que de hambre. A

ello se uniría el movimiento indígena de los izalcos, en la misma zona, liderados por José Feliciano Ama, a quienes se había privado de sus propiedades comunales y de las cofradías por la reforma agraria de 1881-82 deteriorándoles con ello sus condiciones materiales de vida —agudizadas también por la crisis mundial— y se les había prácticamente eliminado la capacidad de una mínima autonomía cultural, social y política, como ya se ha indicado (Dalton, 1972). Sin embargo, es preciso notar que los indígenas de la zona, en su mayoría tenían tierras de cultivo, parcelas de mucha fecundidad, y que el colapso de café no deterioró sus condiciones de vida en la misma proporción que a los ladinos y campesinos de las zonas exclusivamente cafetaleras, por lo que el levantamiento de 1932 tiene un fuerte componente indígena que no era estrictamente material y económico. En el resto del país, por el contrario, el campesinado no sufrió el mismo impacto de la crisis, pues la quiebra del añil, como se ha indicado abrió la posibilidad de acceso a tierras para el cultivo y producción de granos básicos y de subsistencia; aunque las condiciones de reproducción de su vida fueran precarias, no llegaban a ser desesperadas, como para levantarse en armas con todas las consecuencias que se podían prever. El que los nonualcos no se unieron no fue tanto por el escarmiento de un siglo atrás, sino porque sus condiciones de vida no eran desesperadas.

En la crisis actual, por el contrario, como ya se ha indicado más arriba, el problema no está localizado en pequeñas zonas del país. El avance del proceso capitalista en la agricultura, el haber alcanzado la frontera agrícola y haber destinado las tierras en cierto sentido “ociosas” a la producción intensiva del algodón y la caña, relegando al campesinado a las tierras marginales, y privándolo de trabajo permanente, de tierras de subsistencia y de ingresos mínimos, crearon las condiciones amplias y muy generalizadas de imposibilidad de reproducir su vida y su fuerza de trabajo. La mayor concentración de pobreza en las zonas de mayor presencia y luego control o persistencia guerrillera tiene que tener una correlación explicativa; así como el que la participación y presencia insurgente sea menor o casi nula en las anteriores regiones de levantamiento —nonualcos e izalcos, si bien en los primeros con el curso de la guerra civil se ha dado mayor presencia— no tanto por el escarmiento producido en las respectivas represiones, cuanto porque en esos lugares el trabajo y la posibilidad de reproducir su

vida no ha alcanzado los límites de intolerabilidad desesperada.

B. Elemento ideológico sustentante

El que las condiciones materiales sean tales que la población no pueda reproducir su fuerza de trabajo ni su vida social, es un requisito indispensable para cualquier movimiento insurreccional. Sin embargo, es indispensable también algún componente ideológico para que la acción se convierta algo más que simple protesta, o en reacciones espontaneístas, individuales y/o grupales, o en simples acciones reivindicativas, a veces desesperadas, y se transforme en levantamiento o, mucho más aún, en revoluciones. Este elemento ideológico es el que, a mi juicio establece las diferencias cualitativas en los movimientos campesinos salvadoreños.

a) *Levantamientos campesinos (1833 y 1932)*

Tanto el levantamiento campesino liderado por Aquino (1833) entre los nonualcos, como el liderado por Ama (1932) y otros ladinos en el occidente del país en la zona de los izalcos, tenían un componente ideológico muy débil. Sus demandas eran casi exclusivamente económicas y reivindicativas, aunque percibieran de algún modo la necesidad de un modelo diferente de sociedad y de unas relaciones sociales distintas. Carecían de componentes ideológicos aglutinantes que propiciaran la solidaridad y apoyo de otros grupos sociales y engendraran un movimiento más amplio, con alianzas de grupos externos, principalmente no campesinos y urbanos. Carecían sobre todo, de una ideología revolucionaria y de un proyecto socio-político alternativo. Si este aspecto es claro en el movimiento de los nonualcos, también lo es básicamente para el del occidente del país en 1932 (izalcos), de acuerdo a lo que reconoce el dirigente comunista Miguel Mármol en cuanto a la incapacidad del partido de dirigir e incluso controlar el movimiento y los alzamientos espontaneístas (Dalton, 1972).

El componente ideológico más manifiesto como era el étnico — exclusivo para el caso de los nonualcos, y uno de los más fuertes en el de los izalcos—, más bien era un componente aislante del resto de la sociedad. Para ese entonces los indígenas eran una muy pequeña minoría en El Salvador, aislada y focalizada, menospreciada por el resto de la sociedad y por los valores dominantes desde la conquista y colonia, e incluso no provocaba una alianza y

solidaridad entre los diversos grupos indígenas del país o del área, por las diferencias establecidas y las rivalidades históricas o los aislamientos seculares. Por su parte la religión y su orientación prevaleciente en la época —elemento ideológico importante, sobre todo en el campesinado— no sólo no era favorable a movimientos reivindicativos de esa índole sino que le era hostil.

El que los alzamientos de 1833 y 1932 fueran focalizado y no lograran la unidad del campesinado y de las clases empobrecidas de las ciudades, no se debió exclusivamente, ni en gran medida, a que en el resto del país las condiciones materiales no fueran desesperadas —para muchos sí lo eran—, cuanto al hecho de que se carecía de un elemento ideológico capaz de motivar a otros grupos, regiones y sectores; más bien, el elemento étnico era un aislante para que se adhirieran otros sectores no indígenas. Tampoco tenía ninguno de los dos alzamientos una teoría revolucionaria ni proyectos alternativos, por lo que sus movimientos se reducían al espontaneísmo organizado y liderado, o a alzamientos reivindicativos focalizados.

b) La revolución campesina (1981-1987)

El movimiento insurgente que se desato en forma de guerra civil formal en enero de 1981, por el contrario, tienen unos componentes tales que trascienden la categoría de "alzamientos", para convertirse en una verdadera "revolución". Ya no se trata tanto de demandas reivindicativas, cuanto de exigencia violenta de cambios estructurales, de la implantación de un nuevo sistema, el socialista.

Es cierto, como se ha expresado antes, que las condiciones materiales se han deteriorado a niveles insoportables en extensiones de terreno y de población, a lo largo y ancho del territorio nacional, especialmente en las zonas en que la tierra es de peor calidad y los campesinos han sido relegados a las franjas improductivas, así como en vastas zonas marginales y de miseria en las ciudades, especialmente en el área metropolitana de San Salvador. Pero a ello se ha unido un alto componente ideológico más universal, y una teoría revolucionaria, que ha propiciado la alianza de intelectuales, obreros y campesinos hacia un nuevo proyecto de sociedad.

Los grupos guerrilleros, compuestos en su mayoría por "intelectuales" y algunos dirigentes obreros, disponían desde su formación de un fuerte componente ideológico, más universal, y de una teoría revolucionaria. No se trataba, por lo tanto, de una motivación étnica —consiguientemente excluyente, focalizada—, sino que estaba fundamentada en condiciones de clase social o de alianzas de clases. Amplios sectores del campesinado, como ya se ha indicado, se unieron en movimientos al comienzo reivindicativos, aunque con una mayor apertura ideológica propiciada por la nueva interpretación teológica y praxis pastoral, pero la represión de que fueron objeto los condujo a una alianza primero táctica y luego estratégica con los grupos guerrilleros (Cabarrús, 1983; Cardenal, 1985), para más tarde establecer una vinculación orgánica que pudiera dar paso a la revolución (Montes, 1984: 28-24). Algo similar ocurriría con los sectores obreros y marginales urbanos (LA FE DE UN PUEBLO, 1983; López Vigil, 1987).

El componente ideológico, por lo tanto, es un elemento fundamental en el proceso salvadoreño actual, suficientemente amplio y universal como para que sea incorporado por diversos sectores, grupos y clases, trascendiendo etnias, subideologías e intereses parciales. Y aunque no sea un movimiento puramente campesino, ese sector es el predominante, no sólo en número sino también en muchos componentes de la ideología y del proyecto nacional revolucionario. El que amplios sectores de la iglesia católica hayan optado por la teología y pastoral de la liberación ha propiciado y potenciado el paso del campesino de una mentalidad puramente reivindicativa a una apertura ideológica que le posibilitara su integración al movimiento revolucionario. Por su parte, la pastoral en algunas zonas urbanas y, sobre todo, el liderazgo y compromiso de Mons. Romero, abrieron nuevos horizontes ideológicos en otros sectores, principalmente urbanos —además del campesinado—, laborales e intelectuales, que viabilizaron la alianza y la vinculación orgánica más universal hacia un nuevo proyecto.

Por último, a diferencia de los alzamientos campesinos anteriores, el movimiento revolucionario actual tiene una teoría revolucionaria y un proyecto socio-político distinto. Se podrá estar o no de acuerdo con el mismo, pero es una realidad objetiva incuestionable. Aunque los distintos sectores integrantes del mismo no lo tuvieran, o no lo compartieran por igual desde el inicio, no im-

pide el que lo hayan ido asimilando e integrando a lo largo de la lucha, y hoy no sólo una alianza estratégica, sino una vinculación orgánica entre todos sus participantes. El sector campesino, en un inicio, tenía más bien una actitud reivindicativa, pero las mismas condiciones le impusieron una radicalización creciente, hasta formar parte del todo revolucionario y concebir el futuro dentro de un cambio para toda la sociedad; aunque para el campesinado, en un comienzo, el modelo socialista no sea su ideal, sin embargo, entre en una alianza de clases con obreros e intelectuales —hegemónizada por los dos últimos— no sólo porque la represión necesariamente los une, sino porque son conscientes de que el sistema capitalista es incapaz de crear las condiciones para la reproducción de la economía campesina ni de generar puestos de trabajo suficientes. Las alianzas, por otro lado, implican concesiones mutuas para un objetivo común; esto supone concesiones y avances de ambas partes, concretamente una mayor apertura y ampliación de horizontes y objetivos del campesinado en aras del proyecto revolucionario, así como una mayor asimilación e incorporación en el mismo de las exigencias y características campesinas, tanto al interior de la organización, como del proyecto de nación. Esas características campesinas incorporadas serán, principalmente, la vinculación con la tierra, la lucha por la tierra, la dureza y austeridad de vida, de trabajo y de lucha, de cosmovisión campesina de identificación con la naturaleza como parte de la misma, lo que alimenta su profunda religiosidad popular.

El más amplio y abierto contenido ideológico, así como el que existe una ideología revolucionaria, hace que el movimiento no sea étnico ni de una sola clase social estrictamente considerada, ni que está focalizado en reducidas zonas, sino que sea más extenso, y casi nacional; asimismo, hace que no sea asimilado y aniquilado rápidamente por las fuerzas armadas gubernamentales, sino que perdure por tan largo tiempo, e incluso que se extiende por nuevas zonas del territorio nacional, incorporando nuevas áreas y grupos sociales al movimiento, y amenazando con un triunfo revolucionario si es que los Estados Unidos no continúan con la misma o creciente ayuda militar, económica y política.

A modo de conclusión

La tierra en El Salvador, como se ha descrito en mis anteriores

trabajos que fundamentan a éste, es el recurso natural prácticamente exclusivo, lo que la convierte en objeto de competencia por poseerla, y las relaciones económicas y sociales vinculadas con la tierra llevan aparejadas convulsiones sociales y políticas, que se van repitiendo más o menos periódicamente, con diferentes características, motivaciones y componentes sociales.

A lo largo de la historia, desde la conquista y colonia, pero sobre todo desde la independencia, primero centroamericana y luego nacional, ha habido una serie de movimientos campesinos, de los que los más importantes han sido los de 1833, 1932 y el presente. Sin embargo, existen o se perciben diferencias muy claras entre los dos primeros y el último, que explican su proceso y desenlace.

En todos ellos ha habido un elemento material imprescindible, que son las condiciones económicas y la imposibilidad de reproducir su fuerza de trabajo y su vida social. Sin embargo, el elemento ideológico que lo acompaña ha sido cualitativamente distinto. Mientras en los dos primeros movimientos campesinos se carecía de una ideología amplia y de una teoría revolucionaria, que pudiera aglutinar a diversos sectores sociales y ampliarse a zonas extensas del territorio nacional —por el contrario, el componente étnico lo restringía y focalizaba—; el movimiento actual no es exclusivamente campesino, sino que se basa en una amplia alianza de clases pobres y en una estructura y vinculación orgánica, en torno a una ideología más universal y con un proyecto socio-político y una teoría revolucionaria que lo sustenta. Además, el factor religioso, fuertemente presente en el campesinado e incluso en amplios sectores urbanos —en su mayoría de reciente migración y extracción rural—, ha incidido de muy distinta manera en los primeros y en el actual.

Del análisis de los procesos y movimientos estudiados se puede concluir que alzamientos campesinos que estén focalizados y carezcan de una ideología más amplia y de una teoría y proyecto revolucionarios —más aún si tienen un fuerte componente étnico indígena—, están llamados al aislamiento y consiguiente fracaso, con masacres de su población por la concentración de fuerzas armadas gubernamentales que lo aniquilan en breve tiempo. En cambio, movimientos campesinos, abiertos a una alianza amplia con otros sectores sociales, por haber adoptado una ideología más universal y tener o asimilar teorías revolucionarias y proyectos socio-

políticos nacionales, y no restringido a sus intereses particulares, tienen mayores posibilidades de triunfo, en la medida en que la coyuntura lo permita, y en la medida en que no haya alianzas del régimen con potencias externas para combatirlo. Sin embargo, a pesar de todo el esfuerzo gubernamental, y de la ingente ayuda externa que recibe, no ha podido derrotar al movimiento insurgente, ni se prevé que pueda derrotarlo en un largo período, manteniéndose sustancialmente igual la correlación de fuerzas y el apoyo externo. El caso salvadoreño ofrece elementos para revisar las teorías revolucionarias y contrarrevolucionarias, por la duración de la crisis orgánica y de la guerra civil subsiguiente, por las condiciones adversas de la topografía y de la población asentada, por la capacidad de abastecimiento sin una retaguardia asegurada —y menos aún, internacional, dada la presencia norteamericana en Honduras, y la permanente vigilancia aérea. El futuro de la revolución salvadoreña es incierto, pero es claro que no ha sido derrotada, ni mucho menos; más bien, se han ido alcanzando metas en otro tiempo inconcebibles, como la reforma agraria —por deficiente e ineficaz que sea, y que no haya beneficiado ni a la mayoría del campesinado, ni mucho menos a los miembros de organizaciones por cuya presión se implementó—, o como la aceptación “de facto” del FMLN y el intento repetido de dialogar y negociar algunos puntos concretos.

Bibliografía utilizada

- Anderson, Thomas, *El Salvador*. Los sucesos políticos de 1932: San José, EDUCA, 1976.
- Arias Gómez, Jorge; “Anastasio Aquino, recuerdo, valoración y presencia”, en rev. *La Universidad*, revista Trimestral de la Universidad de El Salvador, enero-junio 1964. Nos. 1-2 año LXXXIX; Editorial Universitaria, San Salvador, págs. 61-112.
- Armstrong, Robert y Rubin, Janet S.; *El Salvador; el rostro de la revolución*; San Salvador, UCA editores, 1983.
- Baloyra, Enrique; *El Salvador en transición*; San Salvador, UCA editores, 1984.
- Brockman, James R.; *La palabra queda*. Vida de Mons. Oscar A. Romero, San Salvador, UCA Editores, 1985.
- Cabarrús, Carlos R.; *Génesis de una revolución*: México ediciones de la Casa Chata, 1983.

- Cardenal, Rodolfo; *El poder eclesiástico en El Salvador*; San Salvador, UCA editores, 1980.
- Historia de una esperanza*. Vida de Rutilio Grande; San Salvador, UCA editores, 1985.
- Carta a las Iglesias; Publicación quincenal del servicio informativo del Centro de Pastoral de la UCA, San Salvador.
- Clements, Charles; *Guazapa*. Testimonio de guerra de un médico norteamericano: San Salvador, UCA editores, 1986 (1a).
- Dalton, Roque; *Miguel Mármol*. Los sucesos de 1932 en El Salvador; San José, EDUCA, 1972.
- ECA: Estudios Centroamericanos. Revista de extensión cultural de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA). San Salvador: "¿Qué pasó en la Cayetana?" (Vida Nacional); nov.-dic. 1974, 804-806. "El Salvador se conmueve" (Editorial); julio 1975, 325-328. "A sus órdenes, mi capital" (Editorial); nov. 1976, 637-643. "Las reformas a la Ley del ISTA y del Primer Proyecto de Transformación Agraria"; ibidem, 735-746. "La transformación de la Ley del ISTA" (Ignacio Ellacuría); ibidem, 747-758. "De la transformación agraria a la defensa del latifundio" (Luis de Sebastián); ibidem, 759-772. "Los jesuitas ante el pueblo salvadoreño"; junio 1977, 434-450. "Aquí El Salvador. La insurrección militar del 15 de octubre de 1979 y sus consecuencias sociales" (No. monográfico); oct.-nov. 1979, 849-1033. "In Memoriam del Ing. Félix Antonio Ulloa, Rector de la Universidad de El Salvador (Editorial); oct.-nov. 1980, 925-926. "La represión desesperada" (Documentación); dic. 1980, 1211-1219. "Pronunciamiento de la UCA ante la nueva situación del país (febrero/80)" (Editorial); en.-feb. 1980, 5-20. "Crónica del mes, Enero 1980", en.-feb. 1980, 101-108. "Documentación"; ibidem, 117-141. "Crónica del mes. Enero 1981; en.-feb. 1981, 70-74.
- Hernández Pico, Juan y otros. *El Salvador año político 1971-72*. San Salvador UCA, 1973.
- IDHUCA. Instituto de Derechos Humanos de la UCA; Fascículo II: *Los derechos humanos en El Salvador durante el año 1985*; San Salvador UCA, 1986., Fascículo IV: *Los derechos humanos en El Salvador durante el año 1986*; San Salvador, UCA, 1987.
- Instituto de Investigaciones; *El Salvador 1985: desplazados y refugiados*; San Salvador, UCA, 1985.
- El Salvador 1986: *En busca de soluciones para los desplazados*; San Salvador, UCA, 1986.
- El Salvador 1987: *Los salvadoreños refugiados en los Estados Unidos*; (Segundo Montes), San Salvador, UCA, 1987.

- La fe de un pueblo, Historia de una comunidad cristiana en El Salvador; San Salvador, UCA editores, 1983.
- La Iglesia en El Salvador, San Salvador, UCA editores, 12982 (2a.).
- López Vigil, María; *Muerte y vida en Morazán*. Testimonio de un sacerdote; San Salvador, UCA editores, 1987.
- Lungo, Mario; *El Salvador 1981-1984. La dimensión política de la guerra*; San Salvador, UCA editores, 1986.
- Montes, Segundo, *El Compadrazgo. Una estructura de poder en El Salvador*; San Salvador, UCA editores, 1979 (1a.).
- Estudio sobre estratificación social en El Salvador*, San Salvador, UCA 1979a.
- El Salvador; Las fuerzas sociales en la presente coyuntura* (enero 1980 a diciembre 1983), San Salvador, UCA 1984.
- El agro salvadoreño (1973-1980)*; San Salvador, UCA editores 1986".
- El Salvador: una nation sans Indiens?"; en rev.
- Ethnies, droits de l' "home et peuples autochtones*. Paris, été-automne 1986, 4-5, págs. 29-30.
- "El Salvador: la tierra, epicentro de la crisis"; en *Boletín de ciencias económicas y sociales*; San Salvador, UCA, julio-agosto 1986a, págs. 240-256.
- "Los límites y posibilidades que enfrenta la participación política en el campo salvadoreño"; en rev. ECA, mayo-junio 1987, págs. 305-322.
- Montgomery, Tommie sue; *Revolution en El Salvador. Origins and Evolution*; Boulder, colorado, Westview Press, Inc., 1982.
- Proceso; Informativo semanal; San Salvador, UCA, Centro Universitario de Documentación e Información.
- Studemeister, Margarita Sandra; *Social conflict and the 1980 agrarian eform in El Salvador*. A thesis submitted to the faculty of San Francisco State University in partial fulfillment of the requeriments for the degree of Master of Arts in social Sciences: Interdisciplinary Studies: San Francisco, California, 1986 (mimeo).
- Ungo, Guillermo Manuel: "La suspensión de garantías constitucionales en El Salvador; en rev. ECA, jio 1977, págs. 359-366.